

Novcientos; han sido algo así como una *recalda* en el siglo XIX.

El ideal de la complicación y del lujo, ideal propio de éste, y cuyas lógicas consecuencias extremas caracterizan las noches de Paul Morand, como caracterizaron los días de Jean Lorrain, aparecía ya vigorosamente combatido hace diez años; empezaba a caducar; rechazábanle las mejores conciencias. Un ideal de sencillez y de sobriedad le substituía poco a poco, en la vida como en el arte.

Hemos vuelto atrás. Estamos donde estábamos... Quiere decirse que hay que volver a empezar.

Por esto nos amparamos de la imagen humilde y útil del buen molino. Por esto invocamos a Bernardo Palissy. Y así tienen tanta importancia para nosotros las prédicas y el ejemplario de la *Santa Continuación*.

EUGENIO D'ORS

(A. B. C. Madrid).

FILOSOFICULA

El talismán de la dicha

Las leyendas orientales decían que el anillo de Salomón era el talismán de la dicha. Pero Salomón había sido sepultado con su anillo, durante la edad fabulosa, en las Islas del Diamante, cuya ubicación nadie conocía.

Un príncipe mongebrino, propúsose, no obstante, dar con ellas y apoderarse del talismán precioso; a cuyo fin equipó una caravana maravillosa, vistió armas únicas en el mundo conocido, y se fué por las comarcas. Donde había tierra, andaba a caballo y en camello; donde le atajaba el mar, estaba ya provista una bella flota.

Al cabo de cincuenta años de peregrinación, el príncipe, montado en el último asno de su caravana concluída, sin más recursos que su última moneda, asegurada en el último pliegue sano de su ropa, y contando por único alimento para su último diente, el último dátíl de la última palmera que vió tres meses antes al entrar en aquel desierto—pues se hallaba en un desierto que no era sino el fondo del antiguo mar de las Islas del Diamante—el príncipe llegó a la tumba de Salomón, vió el cadáver gigantesco en el sarcófago de diamante, y previas las conjuraciones de la seguridad, extrajo del dedo formidable el anillo que da la dominación de todos los espíritus en el aire, en el agua, en la tierra y en el fuego, y lo pasó a su índice ya rugoso por la vejez y por la sabiduría de las cosas tocadas para experimentar.

Y sobre el pecho del cadáver había una chapa de cobre, en la cual estaba escrito:

«Oh, tú, el audaz que ha llegado:

»Sabe que este anillo es el talismán de la dicha.

»Cuanto lo sea para ti, lo obtendrás con poseerlo y pedirlo en el silencio de tu intención.

»Pero lo que es verdaderamente la dicha nadie puede decirlo, ni dar tampoco el nombre de la dicha, porque

ella es inefable y nadie sabrá nombrarla.

»Goza, pues, de tu tesoro, oh, tú, el audaz que ha llegado».

—¿Qué puede ser la dicha para mí, dijo el príncipe contemplando su cuerpo envejecido y su joya mágica, sino la juventud?

Y el príncipe pidió la juventud.

Pero cuando obtuvo aquel bien y lo hubo gozado un año entero, el príncipe dió en pensar: «¿No será, acaso, otra cosa la dicha?»

Entonces pidió el dominio de los hombres.

Mas cuando lo hubo gozado, la misma duda volvió a presentarse en él: «¿No sería, acaso, otra cosa la dicha?»

Entonces pidió el amor de la mujer.

Y cuando tuvo el amor y siguió dudando, pidió el secreto de las cosas extraordinarias, la magia blanca y la negra, los tesoros fantásticos, el don de profecía, la fe de todas las religiones, la satisfacción de todos los raciocinios, el aroma de todas las virtudes.

Entonces, como siguiera dudando, pidió el dolor de la enfermedad, el

lamento de la miseria, la ignominia de los vicios vergonzosos, la injusticia sobre su cabeza y en torno suyo; por último, el aislamiento de los hombres, desgracia horrible entre todas, hasta hallarse de nuevo en la espantosa soledad de la Isla del Diamante, junto al cadáver colosal de Salomón.

Y allá todavía, agotadas ya todas las penas y todas las satisfacciones, todos los desengaños y todas las esperanzas, todos los vicios y todas las virtudes, pensaba siempre sin duda: ¿No será, acaso, otra cosa la dicha?...

Su espíritu vaciló entre dos soluciones extremas: demandar la muerte como postrer recurso, o devolver al rey muerto su talismán potente; pero antes de adoptar parecer ninguno, ocurriósele, en la propia distracción de su perplejidad, volver del otro lado el pectoral de cobre que adornaba a la estupenda momia.

También de ese lado había letras, donde el príncipe pudo leer:

«Oh, tú, el infeliz que regresaste.

»Para ser dichoso, no hay más que afrontar el secreto de la muerte. Pídela si quieres.

»Mas, para no ser desdichado, basta alcanzar con dificultad las satisfacciones de la vida.

»Si eliges lo primero, acuéstate en la tumba de diamante como Salomón, que así lo prefirió; si lo segundo, vuelve el anillo al dedo del cadáver».

Habiendo gustado ya las delicias del poderío, el príncipe vacilaba en devolver el talismán; pero el secreto de la muerte le horrorizaba.

La presencia de la momia augusta, que aun conservaba olor de sabiduría, fuéle serenando, no obstante.

Con lo cual, reintegrándose de nuevo a la cordura y a la humildad, decidió simplemente no ser desdichado...

LEOPOLDO LUGONES

(Crisol. Buenos Aires).

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que *«ablen* todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA